

INICIACIÓN HOMOERÓTICA, OBJETOS ESPECULARES Y TEMPORALIDADES QUEER*

HOMOEROTIC INITIATION, SPECULAR OBJECTS AND QUEER TEMPORALITIES

MANUEL MÉNDEZ TAPIA
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA (MÉXICO)

<https://orcid.org/0000-0002-5623-2762>
manuelmendez.psic@hotmail.com

Resumen

Con la finalidad de imaginar temporalidades alternativas y confrontativas a la *heterolinealidad* cronológica de la historia, el presente texto sitúa la cuestión de la *iniciación homoerótica* desde una lectura conceptual de la temporalidad *queer*. Se examinan algunas de las relaciones especulares que operan como brújulas de la memoria acerca de los puntos de inflexión que permiten, por medio de un juego de reflejos, reparar sobre un secreto que se anida carnal y pasionalmente de forma disruptiva. Este ejercicio autorreflexivo pretende abonar a la recuperación de formas de vida pasadas para la habilitación de presentes y futuros posibles.

Palabras clave: Homoerotismo, temporalidad, queer, autorreflexión.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación "Memorias de las masculinidades disidentes en España e Hispanoamérica" (PID2019-106083GB-I00) del Ministerio de Ciencia e Innovación (Gobierno de España): AEI/10.13039/501100011033.

Abstract

With the purpose of imagining alternative and confrontational temporalities to the chronological *heterolinerity* of history, this text situates the question of *homoerotic initiation* from a conceptual reading of queer temporality. Some of the mirror relationships that operate as compasses of memory are examined about the turning points that allow, through a game of reflections, to repair a secret that is carnally and passionately nested in a disruptive way. This self-reflective exercise aims to contribute to the recovery of past ways of life to enable present and possible futures.

Keywords: Homoeroticism, temporality, queer, self-reflection.

Introducción

En este artículo pretendo situar el foco del problema en los espejos homoeróticos, de forma particular, me refiero a algunas de las relaciones especulares que habilitan o, cuando menos perfilan, un cierto modo de configuración temporal de la experiencia homoerótica. Por una parte, me interesa reflexionar desde mis propias experiencias qué significa y cuándo se significa una especie de iniciación homoerótica, es decir, un *despertar* de la identidad sexual, o bien, la apertura de un nuevo modo de vida anclado al registro del homoerotismo. Pero también busco reflexionar sobre lo que significan las capas representacionales que configuran una identidad múltiple, así como una forma de habitar determinadas posiciones subjetivas cuando se sitúan en escenarios temporales con marcadores más o menos definidos; de tal modo que esta es una invitación para reflexionar sobre la memoria y la conformación de comunidades sexodiversas antes de la aparición de las tecnologías más contemporáneas, pero también acerca de cómo podemos generar posibilidades de diálogos e interconexiones temporales entre pasado, presente y futuros *queer*.

Para ello, apuesto por adentrarme de inicio en lo que Ann Cvetkovich (2018) llama un *archivo de sentimientos*, esto es, porque, en su opinión:

[...] como oposición a las historias oficiales, la memoria se convierte en un valioso recurso histórico, y colecciones de objetos efímeras y personales permaneces junto a los documentos de la cultura dominante con el fin de ofrecer modos alternativos de conocimiento. (22-23)

Aludo a mi propio archivo de carácter íntimo y autorreferencial, no solo para compartir mis recuerdos, sino para construir una manera de sistematizar algunas memorias que bien pueden valer como una ruta analítica de un tiempo presente que nunca se encuentra desligado de algo pasado, que parece ya no ser o ya no permanecer, pero también para intentar torcer las narrativas heterolineales desde las que se marcan los inicios de las experiencias eróticas. Así, esta problematización halla sustento teórico en la *temporalidad queer*, entendiéndola como una “tendencia en los estudios queer de los últimos años a tratar las cuestiones eróticas, sexuales y genéricas en relación con las temporales hasta conformar lo que se ha denominado el giro temporal de la teoría queer” (Conde 62). Entonces, esta noción hace referencia a “prácticas, experiencias y sensaciones corporales que entran en tensión con formas normativas de sentir, valorar, ordenar o experimentar el tiempo” (Solana 40) lo que responde, de igual modo, a una crítica a la *hetero-linealidad* del tiempo, marcada por la mayoritaria heterosexualidad reproductiva (Muñoz 64) la idea de progreso, la sedimentación de la historia, y la *crononormatividad* (Freeman 3).

Entonces, con la intención de imaginar temporalidades alternativas y confrontativas a la heterolinealidad cronológica de la historia, quiero pensar cuáles han sido algunos de los espejos que, en una especie de iniciación homoerótica, me actuaron como un cierto sujeto *joto*, *gay* o *marica*, y cuáles son los espejos que, en el registro de mis propias vivencias, siguen operando como brújulas de la memoria acerca de los puntos de inflexión que me permitieron, por medio de un juego de reflejos no necesariamente transparentes, reparar sobre un secreto que comenzaba a anidarse carnal y pasionalmente de forma disruptiva, torrencial

y caótica. Este trabajo es un ejercicio autorreflexivo que apunta a una memoria parcial de deseos y placeres y que pretende, en algún sentido, abonar a la recuperación de formas de vida pasadas que requieren reanimarse para la habilitación de presentes y futuros posibles.

Secretos del pasado

En un trabajo anterior iniciaba preguntándome:

¿Qué tan posible es pensar, a la distancia temporal de la experiencia, alrededor de escenarios de encuentros afectivos desde otros órdenes regulatorios de la sexualidad acostumbrados a la vigilancia heteronormativa del clóset, considerado éste como umbral político de la identidad, pero también como analgésico de los efectos materiales de la homofobia? (Méndez 121)

Al respecto del secreto —pensado como una variante del silencio—, estoy consciente de las precauciones analíticas de Foucault (2011) respecto a considerar cómo en las sociedades cristianas el sexo ha sido lo que era necesario examinar, vigilar y transformar en discurso, y cómo las prácticas de sí mismo han sido integradas al ejercicio de un poder pastoral que procura un desciframiento de los pensamientos íntimos, a razón de la idea de que hay algo escondido en sí mismo.

De ahí la instalación de las técnicas de desciframiento de los secretos de la conciencia por medio, por ejemplo, del acto de la confesión; lo que dio como resultado que la sexualidad, sostiene el mismo Foucault, se ubicara en el corazón de la existencia, porque parece que es allí donde se descubre la verdad del sujeto, tanto como que en ese descubrimiento es donde reside nuestra liberación. Pero mi ejercicio introspectivo no tiene una finalidad confesional, o cuando menos no pretendo que esa sea la intención, sencillamente quiero ilustrar cómo hay ciertos secretos de la piel, que recorren la piel, que se viven ardientemente desde la piel y que se constituyen como piezas clave en el engranaje del deseo, a la

vez que habilita el sostenimiento de ciertas fantasías que, a veces, avivan la pasión de la experiencia homoerótica.

Mis recuerdos sobre objetos especulares los ubico más o menos en el primer lustro de la década de los noventas del siglo pasado, un espacio temporal situado antes del internet, las redes sociales y las aplicaciones de ligue entre varones —como *Grinder*, por ejemplo—, antes de la ley del matrimonio igualitario y de leyes jurídicas de *avanzada* como las leyes del reconocimiento y atención de las personas lésbico-gay-bisexual-trans (LGBT); antes de la enunciación de la identidad no binaria, antes del *Pride* —vuelto este ahora una contrapartida de la marcha del otrora orgullo lésbico-gay—, antes de *Onlyfans*, de *Twitter* y de la multiplicación de *sextwiteros*, antes; un antes que se sitúa en el espejo de un tiempo otro. En ese panorama, recuerdo una ocasión en la que mi cuerpo aún de niño y, a lo lejos, quizá de hombre, se estremeció con el vistazo fugaz de una escena porno que me cautivó al no saber qué es lo que producía en mí la aparición en pantalla de un pene que, por aquel entonces, me pareció descomunal. Habría que ver, en adelante, si lo descomunal se registraría solo por la anchura o por la largueza y no por la destreza del objeto carnal.

Durante casi ocho años, en la década de los noventas, participé en un movimiento de juventudes cristianas en la Ciudad de México, mi maravillosa y monstruosa ciudad de nacimiento; este movimiento, integrado por aproximadamente cien infantes y adolescentes varones, era un grupo que se reunía cada sábado en un parque público de la ciudad para tener distintas actividades deportivas y de aprendizaje de técnicas campales tipo *boys scouts*, pero también nos reuníamos para ir a misa; algunos un tanto de manera obligada, y nos reuníamos para pedir por la buena vida, quiero decir, por la buena vida heterosexual. En alguna ocasión, una tarde de sábado en que se suspendieron las actividades de ese día a causa de no sé qué, una de las células de aquel movimiento, un subgrupo de unos 10 o 12 varones, nos dirigimos a casa de uno de ellos en supuesto acto y actitud de rebeldía adolescente para sentarnos

frente a un televisor y una videocasetera *VHS* con la intención de mirar una película porno, evidentemente, porno heterosexual.

Fue la primera vez que vi porno y fue la primera vez que vi a una pareja hetero desnuda, o por lo menos fue la primera vez que recuerdo que así haya sido. Sin internet ni teléfono celular aún en algún horizonte posible, a los diez años me conformaba con ver alguna que otra caricatura para niños de mi edad: los *Thundercats*, los Halcones Galácticos, Remi, Belle y Sebastián. En mi casa no había mayor disponibilidad de lecturas más que una enciclopedia adquirida con unas cien mensualidades de mi padre que, ávido de querer enseñarnos la vida, pero también de querer mantenernos a distancia de otras formas de vida; conservaba los libros en unas repisas de madera que él mismo había colocado en la sala, a una altura prudente, fuera del alcance de manos imprudentemente curiosas. Así que sigo sin recordar, o sin querer recordar, si antes de esa reunión grupal de amigos cristianos yo había visto un pene, más aún, un pene descomunal, bien erecto y en acción tipo metralleta. Por lo que, esa tarde, rodeado de un grupo de escuincles que no pasarían de los quince años, me hallaba a disposición de una escena virtualmente novedosa. En medio círculo, cada uno sentado en su silla y a una distancia heterosexualmente sensata, nos dispusimos a ver lo contenido en aquel casete para *VHS*; ahora entendido como un objeto viejo o, digamos, *vintage*.

Y el primer acto: algo que no alcancé a discernir de inmediato. En principio; una playa, un sol radiante, y luego ahí el foco, en la toma, muy de lejos, un par de figuras caminando como hacia nosotros, acercándose poco a poco a nuestro encuentro y también a la centralidad de la pantalla. Y mientras se acercaba, miro dos cuerpos tomados de la mano, uno de ellos, el más alto, con un colgajo enorme balanceándose entre los muslos. Una conmoción. Un ardor de súbito desde lo más hondo y en lo más salvaje que habitaba mi cuerpo. Ahí, acercándose ahora solo hacia mí, la silueta bien delineada de un hombre desnudo, torneado, bronceado, creo que casi perfecto. Pero qué cosa más formidable, qué manera de portar una hombría tan concentrada en un algo velludo y

tan *venudo*. La silueta de hombre y la silueta de mujer se postran frente a nuestras narices; se besan, se toquetean, sacan una toalla de algún lugar, y ahí mismo se enciman el uno al otro. El hombre entra en ella, le toca sus tetas voluptuosas y la acaricia con un ánimo del que ahora desconfiaría. Pero yo no la quiero ver a ella, yo quiero seguirlo viendo a él, a su cosa colgante, a sus nalgas doradas y a su pubis velluda.

Del otro lado de la pantalla, en mi grupo de amigos, nada. Todo en silencio. Todos viendo, todos vestidos, todos nada. De repente: alguien se afloja o quizá se prende de más. Una chispa minúscula que desata un incendio sexual: posa su mano sobre su bulto crecido, abre las piernas y nos deja ver su montículo carnal, así como su voluntad por llevar esa escena al registro de un porno más abierto, más descarado, más salvaje. Alguien más se desabotona rápidamente el pantalón, se saca la verga, nos la muestra y empieza a frotarse y a subir y bajar, lenta pero cadenciosamente. Otro más se abre el cierre del pantalón y casi al mismo tiempo también se saca la playera. Nadie dice nada, todos mirando el televisor, pero también viendo de reojo los 3 o 4 penes expuestos. De súbito, una mano ajena se posa sobre el muslo del vecino de asiento y, este último, no la quita: una abierta invitación para probar el pecado homosexual. Comienza frotando su pierna y luego se sigue a sus testículos ya bien descubiertos. Luego, otro vecino, el de al lado, se abalanza con su boca bien abierta para así degustar su trozo viril color tostado. Y detona una fiesta orgiástica: todos al encuentro de un cuerpo otro, de una boca otra, de unas nalgas otras, así como estén: aguadas, duras, flácidas, calvas, prominentes, peludas. Y yo allí, mirando esa escena sin saber muy bien qué hacer, a dónde ir o qué sentido otorgarle. Sé que me revienta un ardor profundo por querer seguir viendo, por intentar tocar, por rozar sus muslos, sus bocas, sus vellos.

Sé también que me hubiera encantado que toda esta última escena porno entre adolescentes hubiera sido cierta. En realidad, solo imaginé retrospectivamente, qué hubiera pasado si alguno de esos tímidos *hombres* hubiera extendido su mano hacia el vecino, o hacia sí mismo con la intención de erotizarse grupalmente. Desde otra capa temporal

enraizada en los códigos masculinos que impone la heterosexualidad obligatoria; el semicírculo de aquellos varones se quedó en el plano de lo atónito. El grupo se quedó mirando la pantalla del televisor, y más nada.

¿Qué habrán pensado, qué habrán sentido, qué habrán deseado aquellos chicos en aquel momento? Quizá, puedo ahora imaginar, que no fui solamente yo el único que fijó su mirada en la silueta desde la que colgaba aquel tremendo falo. Creo que como ahí habitaba un integrante más, no otro adolescente, sino el fantasma vigilante que procuraba asistir y mantener la coherencia del deseo heterosexual, todo mundo permaneció impávido, absorto, inmóvil. Y la escena, que se sintió eterna, no se volvió una fiesta orgiástica, sino que se vio interrumpida cuando, de pronto, el chico de la casa nos exhortó a mejor salir de allí porque su madre podría volver en cualquier momento. Luego un par de risotadas nerviosas, un no saber cómo proceder, cómo levantarse sin enseñar cada quién una erección más que evidente. Una manera de fingir que, muy posiblemente, deseábamos que ese momento terminara de otra forma cualquiera.

Promesas en escenas de un erotismo vinculante

En este dar cuenta de cómo se va corporeizando el homoerotismo o la sombra de lo que de este no puede ser aún nombrado, así como el proceso de su devenir; me interesa detenerme en los anclajes especulares que causan una conmoción, lo mismo que una apertura a una desestabilización del deseo, de la identidad, de la racionalidad lógica de una heterosexualidad que pretende seguir fundando ordenamientos sexogenéricos de trayectorias temporales lineales. Al respecto de la unicidad normativa y de la maleabilidad del sujeto del deseo, recuerdo el modo en que Eve Kosofsky Sedgwick (1998) enuncia cómo la sobrevivencia de lo *queer* está relacionada con toda una serie de objetos con los que tuvimos, dice, la capacidad de aficionarnos durante la infancia, así como distintos ámbitos a los que aprendimos a dotar de fascinación y amor.

Quiero seguir esta línea de análisis y sugerir que hay ámbitos a los que ciertamente dotamos de fascinación y que, como la misma Sedgwick apunta, eso impregna nuestra relación con textos y objetos en la vida adulta; pero también creo que hay ámbitos que impregnan nuestra relación con objetos culturales de forma tan amorosa como profundamente erótica. Por ejemplo, acerca de esa primera vez que recuerdo haber visto sexo heterosexual, y que fue más bien un sexo que, desde un sentir descontrolado, desde un fuego en la piel que me recorrió de un modo de excitación visceral, se descentró de algún modo de tal demanda heterosexista por cuanto mi apego visual, mi deseo carnal, mi atención pulsional ocupó esa escena hetero pero solo como un marco ornamental para fijarme en un objeto de fascinación que logró no solo cautivarme, sino subjetivarme de modo homoerótico, aunque entonces no lo haya enunciado desde ahí. Dicho objeto fue la piel del hombre, su silueta, su pene, sus nalgas, sus vellos, sus gemidos, su forma de tocar, su manera de andar. El reflector estaba en él, no en ella. Fue la intensidad de su mirada y la cadencia de su penetrar. Fue él, pero no solo él. Estaba ella, sí, radiante, despampanante, con una copiosa melena que se alineaba muy bien con aquel sol tono naranja, y fue la playa y la arena, todo un ámbito que coadyubaba a la fascinación sexual, pero el motivo de mi locura se precipitó hacia la focalización de su carnalidad y hacia su *venosidad*; hacia todo él.

¿Qué pasó allí? ¿Se despertó un deseo instintivo acallado por los años y por el peso histórico de una cultura homofóbica de aniquilación homosexual? ¿Germinó de forma espontánea una tentación carnal que no supo bien hacia dónde dirigirse, si acaso por la formación pulsional dinamitada por la incompletud, aunque a traición de las condiciones psíquicas de una estructuración que exige siempre rectitud heteronormativa? No creo que este haya sido el punto cero del deseo, lo pienso más bien como un acontecimiento en una cadena de engranaje pulsional que, en retrospectiva, lo recuerdo de forma por demás significativa. De ahí en adelante, la impaciencia erótica no

cesó; pero no había aun una forma de nombrarla, y quizá tampoco mucha voluntad por reconocerla.

Era ese ardor en la piel, sin destino fijo, que hacía posar la mirada sobre objetos parciales que devolvían en el reflejo un goce en silencio. Los años siguientes, entre los 10 y los 13 o 14 años, a falta de la hipervisualidad de la existencia de un porno ahora marcado por una fugacidad anticipatoria, me deleitaba con ciertos objetos de fascinación que desterritorializaron la erótica del cuerpo masculino. La mirada enganchada al pene descomunal de la escena porno había sido circunstancial, pero, en adelante, el placer por ver no se fijaría necesariamente en genitales. Así, era una explosión de deseo cuando cada fin de semana nos dirigíamos en familia a un club deportivo y al llegar al estacionamiento de este sitio, el vigilante, un moreno de bigote velludísimo, siempre en playera sin mangas, levantaba la pluma para dejar ingresar los coches, y la explosión de mi deseo era correspondiente con una explosión de vellos en su axila. Algo sucedía en mí que era del orden del desborde y de una incomodidad fascinante que me hacía querer seguir viéndolo a él, sobre todo a lo que se hacía desprender de aquel brazo levantado.

La desterritorialización genital tenía que ver con los objetos de mi elección, pero también con la disponibilidad que había en aquellos momentos. Aún sin internet, pero con algunos canales de televisión de paga, logré muy ocasionalmente arreglármelas para mirar, una que otra madrugada, un programa que me ofertaba la posibilidad de objetos no explícitos, más bien muy opacos. Aquí no había penes, pero sí muchas sombras que dibujaban desnudos masculinos, sin en realidad mostrarlos como tal. Una serie, llamada *Red Shoes Diaries* y transmitida en México a principios de los años noventa por el canal *Golden Choice*, mostraba diversos relatos de mujeres acerca de algo relacionado con el amor, la traición y el sexo. En realidad, nunca puse mucha atención a la trama o a las actuaciones: lo que esperaba fervientemente frente a la pantalla de televisión era la aparición de contornos y trazos que operaran como los marcadores de un hombre desnudo. Cosa que

rara vez se mostraba, y cuando aparecía, era solo una pelvis, el bosquejo de vello púbico, la parte inicial de las nalgas; todo ello acompañado de tonos muy rojizos, de música tenue, y de una invitación para la generación de todo un ámbito de fascinación que, insisto, funcionaron como espejos homoeróticos en la medida en que todo ello que se postraba ante mí me devolvía imágenes y narrativas de posibilidad.

Pero, ¿de qué posibilidades hablamos? ¿Posibilidades de ser, de hacer, de encarnar qué? Por una parte, creo que en esa relación especular circulaban una serie de objetos de deseos que, con certeza, avivaban ensoñaciones sensuales y fantasías sexuales pero, además, la proximidad deseante se sostenía no solo en pelvis, nalgas, pubis y toda una serie de objetos excitantes, sino lo que prometían ese conjunto de objetos: la posibilidad de vivir el erotismo de una manera no heterosexual, aunque en ese momento no lo haya enunciado en esos términos y tampoco lo haya hecho consciente dentro de esos marcos de referencia. En este punto pienso en la discusión que elabora Lauren Berlant (2020) sobre el *optimismo cruel*, es decir, una relación que se establece:

cuando eso mismo que deseamos obstaculiza nuestra prosperidad. Puede ser la comida, una forma de amor, una fantasía de la buena vida o un proyecto político. También puede tratarse de algo mucho más sencillo, como por ejemplo, un nuevo hábito que promete inducir en nosotros una mejor forma de ser. Estos tipos de relación optimista no son inherentemente crueles. Se vuelven crueles cuando el objeto que suscita el apego nos impide de manera activa alcanzar ese mismo propósito que en un principio nos condujo a él. (57)

Descubro allí, en el recuerdo de esas escenas excitantes, una relación de apego marcada no solo por el erotismo, sino por un registro de crueldad. Me explico: para la misma Berlant, el apego a un objeto/escena de deseo implica, como recién citaba, proximidad al manejo de cosas que promete y cuya concreción resulta imposible o, por el contrario, demasiado posible; además de que lo satisfactorio de ese

apego está relacionado con la continuidad de la sensación que el sujeto tiene respecto de lo que significa seguir viviendo, no obstante que esa relación puede tornarse cruel en la medida en que no se puede sobrellevar bien la pérdida de un objeto significativamente problemático. Retomo estas consideraciones conceptuales para dar otra lectura analítica sobre el tema en cuestión: ¿En qué sentido podemos hablar de que esas escenas de deseo —como las películas porno o las axilas del vigilante— hicieron desplazar o descolocar, desde su irradiación hetero, un volcamiento hacia una serie de objetos que desplegaron un encuentro con deseos y voluntades homoeróticas? Pero, al mismo tiempo, el apego a esas escenas eróticas de fascinación también fue problemático por cuanto supuso una amenaza a las fórmulas convencionales de la demanda por actuar y desear según los términos de una buena vida heterosexual. Por supuesto, no es que la crueldad sea inherente al homoerotismo, es más bien la posibilidad por querer persistir en un objeto que promete cosas placenteras pero que, en el seno de una cultura machista y homofóbica, puede transformarse en un objeto que intimida o vulnera las propias condiciones de vida del sujeto deseante.

Sin embargo, no querría pensar solo en la cancelación del homoerotismo, sino en lo que ello hace detonar en términos de rutas de subjetividad alternas. A condición de desarrollar este punto en otro momento, por ahora quiero apuntar que hay, en todo este escenario de promesas y relaciones especulares, una suerte de tensión problemática que echa a andar temporalidades paralelas en la medida en que se despliegan idealidades eróticas e identitarias que contienen huellas de un pasado —de múltiples pasados— desde el que se pueden imaginar *horizontes de potencialidades* (Muñoz 39).

Reflexiones finales

Considero importante repensar las formaciones de silencios que articulan y habilitan la iniciación de la experiencia homoerótica, las cuales no solo tienen que pensarse desde un ángulo de la prohibición, la represión o la cancelación sino a partir de cómo se maquinan posibi-

lidades deseantes. Por otro lado, hay toda una serie de objetos y ámbitos de fascinación que nos van situando en determinados horizontes de futurabilidad en virtud de que actúan como mapas espaciales que permiten ubicaciones conflictivas en posiciones identitarias y de enunciación. Me refiero a la futurabilidad en el sentido que propone Franco Bifo Berardi (2019) es decir, como una multiplicidad de futuros posibles inmanentes; un futuro como amplio espectro de posibilidades.

En ese sentido, no quiero caer en la narrativa que supone que el pasado siempre fue mejor, pero tampoco en las narrativas triunfalistas del progreso que auguran un solo camino de éxito, de liberación y, lo que sería en palabras de Sara Ahmed, un camino de felicidad en tanto que promesa y relación (73). Es necesario seguir discutiendo sobre la forma en que ocurre la imposición de un marco temporal arraigado en la idea de un futuro productivo y reproductivo. En contraparte, habrá que seguir echando mano de la noción de una temporalidad *queer/cuir*, que desde una forma de corporeizar el tiempo opere, según dice la *chongo* feminista val flores, como una “crítica al tiempo naturalizado y a los ideales de género y sexualidad que apuntalan esta naturalización, al pretender ordenar la vida por etapas bajo prerrogativas heterosexuales, masculinas, burguesas, capacitistas y occidentales” (2021).

De ahí que para Mariela Solana y Cecilia Macón (2015), la noción de temporalidad queer hace referencia a prácticas, experiencias y sensaciones corporales que entran en tensión con formas normativas de sentir, valorar, ordenar o experimentar el tiempo, una noción que, de acuerdo a la misma val flores, se vincula a la secuencia idealizada del matrimonio, a la reproducción heterosexual y también a las narrativas LGTTTBI de progreso y evolución, que activan desde el individualismo liberal una secuencia valorativa, que es a lo que se refiere Eduardo Mattio y Cristian Daouriche (2017) cuando alertan de una miseria relacional dinamitada por marcos normativos que regulan la sociabilidad gay, en un horizonte marcado por un alto grado de homonormativización que privilegia ciertos modos vida en desmedro de otros disidentes.

Tal estado de cosas, habría que enfatizar, no solo produce efectos nocivos respecto de otras demandas legítimas del movimiento LGTB, sino que limita su capacidad transformadora.

Sobre las relaciones especulares quiero decir que pueden ser pensadas como mapas de reflectivos que abren escenarios posibles de subjetividad, deseo y erotismo. El mapeo, de esta forma, significa poder imaginar no ir en una sola dirección, sino en la apertura de posibilidades múltiples puestas a revisión acerca de cuándo devenimos un otro enclavado en una miseria relacional, utilizando la referencia de Mattio y Daouriche (2017). Por lo tanto, es necesario mantener todo el tiempo la pregunta sobre qué nos pasa a las poblaciones LGBT cuando la posibilidad se transforma en predictibilidad, así como en un solo horizonte de ruta definida que promete cosas imposibles.

Para finalizar este breve ejercicio autorreflexivo, querría agregar que no busco hurgar en mis recuerdos con la intención de avivar añoranzas, más bien, busco conectar mi memoria con las condiciones del presente para imaginar aperturas de caminos futuros por medio de la identificación de ciertas relaciones especulares y, en derivación, continuar pensando cuál es la concatenación política actual que permite la subjetivación de la experiencia homoerótica. Confío, también, en que este recorrido se lea como una apuesta por torcer los marcos temporales para el registro de memorias *queer/cuir* y para la contemplación de aquellos recuerdos vivenciales que, al interrumpir un marco sexogenérico normal y moral generalizado, admitan la inteligibilidad del erotismo y el cuerpo deseante desde la falla, esto es, desde la necesaria falla *cisheteronormativa*.

Referencias

- Ahmed, Sara. (2022). *La Promesa de la Felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Berlant, Lauren. (2020). *El optimismo cruel*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bifo Berardi, Franco. (2019). *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Buenos Aires: Caja Negra.

- Conde Arroyo, Pau. (2022). "La reparación de los relojes. Los enfoques políticos de la temporalidad queer". *Oxímora. Revista Internacional de Ética y Política*, núm. 21, pp. 60-78.
- Cvetkovich, Ann. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Barcelona: Edicions Bellatera.
- Flores, Val. (2021). "Vivir en Diferido" en Romper el corazón del mundo. *Modos fugitivos de hacer teoría*. Madrid: Continta me tienes. s/p.
- Foucault, Michel. (2011). *Historia de la Sexualidad*. Ciudad de México: Siglo veintiuno editores.
- Freeman, Elizabeth. (2010). *Time Binds: Queer Temporalities, Queer Histories*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Kosofsky Sedgwick, Eve. (1998). *Epistemología del Armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Macón, Cecilia; Mariela Solana. (2015). *Pretérito Indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Buenos Aires: Título.
- Mattio, Eduardo; Darouiche, Cristian Alejandro. (2017). "Contra la miseria relacional: Cultura homosexual y creación de formas de vida" en *El Banquete de los Dioses. Revista de Filosofía y Teoría Política Contemporáneas*, vol. 5, núm. 7, pp. 66-84.
- Méndez Tapia, Manuel. (2023). *Silencios homoeróticos. El desastre de amar y cortocircuitos del sexo*. Lleida: Universidad de Lleida.
- Muñoz, José Esteban. (2020). *Utopía Queer. El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Solana, Mariela. (2016). "Asincronía y crononormatividad. Apuntes sobre la idea de temporalidad queer" en *El Banquete de los Dioses. Revista de Filosofía y Teoría Política Contemporáneas*, vol. 5, núm. 7, pp. 37-65.